

LA PRENSA de Santiago

Lunés 4 de Septiembre de 1972

Dos Años de Incumplimiento

JAI ME CASTRO

El Gobierno del Presidente Allende entra a su tercer año en un momento de muy especial gravedad. Digamos perentoriamente que él mismo se la ha buscado. El Gobierno ha estado muy lejos de comprender la realidad. No tuvo jamás una intención seria de cumplir con aquello que le permitió triunfar hace dos años. El país votó por él, en la campaña, o lo apoyó más tarde en el Congreso y le entregó su confianza esperanzada en la calle, debido a que anunció, en todos los tonos, que sería una experiencia de progreso social dentro de las formas democráticas de convivencia. Si hubiese dicho clara y categóricamente que aspiraba a otra cosa, el señor Allende habría perdido en todo caso la elección. Más, el mismo se preocupó, hasta en el detalle, de elaborar una figura de candidato que no despertase inquietud alguna, que no alarmase a quienes creen en la democracia y en los derechos humanos.

Al momento de cumplirse dos años de Gobierno, el régimen del señor Allende carece de secretos ante el país. No era verdad que sólo sus recetas de orden económico podían hacer avanzar grandes pasos; no era verdad que su equipo de técnicos poseía una gran capacidad; no era verdad que su gente llegaba al Gobierno con espíritu diferente a todos los demás, con una moral más pura, con un ideal superior: el "hombre nuevo" no existía en el alma de los jefes de la UP; no era verdad que se emplearían métodos totalmente distintos para encarar las inquietudes sociales y que la fuerza pública no reprimiría al pueblo; no era verdad siquiera que el Gobierno estuviese formado por hombres verdadera y honestamente dispuestos a mantener los métodos democráticos y ampliarlos.

La verdad era otra. El Gobierno tenía en la mente un plan de colectivización progresiva, a la buena o a la mala. Para cumplirlo, iba a utilizar los medios de que pudiera disponer. La ley, el decreto, la toma, el rescate, la amenaza, la agresión, las acciones represivas, la coacción intelec-

tual, las frases almibaradas, la política dura y la política blanda, la imagen hacia el exterior, la intimidación en el interior, etc. Para eso, comenzó proponiendo Tribunales Populares y nacionalización del cobre: o sea, estimulando el patriotismo, por una parte, y aletargando la posibilidad de una defensa contra los apetitos de poder absoluto de su gente, por la otra. En-



seguida, puso en marcha una gran máquina de propaganda y de odio, tratando de negar el pasado y de dogmatizar los espíritus de sus partidarios. Cada vez que sus iniciativas hubieron de ser rechazadas, los hombres de Gobierno se revolviéron con furia inaudita contra los críticos. A medida que el tiempo mostraba el fracaso de

sus planes, porque las cosas no marchaban como les convenía, la cortina de la propaganda y las medidas coercitivas trataron de sujetar a la opinión pública. La palabra "fascismo" pasó a convertirse en la voz de orden. Fue fascista todo aquél que discrepaba del Gobierno. Fue fascista todo aquél que exigía al Gobierno cumplir con las palabras solemnemente empeñadas por el Jefe del Estado, y no sólo los pocos que lo eran efectivamente.

Cuando cumple dos años, el Gobierno sólo tiene palabras de propaganda en su boca y sentimientos de odio en sus actuaciones. Al menos, por desgracia, tal es el ánimo de las direcciones de los dos partidos mayoritarios y de una buena parte de las autoridades del Ejecutivo. Los documentos en que están ahora mismo expresando sus ideas, respiran bajeza. Sólo sirven para estimular el rencor entre los chilenos. Preparan el espíritu de la dictadura. Se colocan, con su equipo político completo, en la misma línea de los ultras de Derecha.

La verdad es que los partidos de Gobierno carecen de autoridad para imputar a otros, con motivo de las últimas incidencias, el propósito de derribar al Gobierno, de violar la democracia, de faltar a las autoridades. Si así fuera, todo lo que ellos han hecho en los últimos veinte años, por lo menos, sería fascismo y conspiración sediciosa. Porque las algazaras en la calle, con o sin razón, han sido su patrimonio de lucha. Lo que sucede es que no tienen un concepto de Gobierno, ni un respeto a los derechos ciudadanos. Se limitan, cuando atisban el poder, a proceder exactamente como los totalitarios de cualquier pelo. No están, en una proporción decisiva, dispuestos a escuchar. Confunden, por estructura mental, a los demócratas con los fascistas. Y proceden exactamente como estos últimos. Es la tragedia que irreversiblemente producirá el fracaso del Gobierno presidido por el señor Allende, con buena intención personal, pero sin un concepto político claro.